# EL EJERCITO ROMANO DEL BAJO IMPERIO EN LA OBRA DE FLAVIO VEGECIO

*"A continuación, las legiones de infantes, rodeadas por todas partes de la caballería enemiga, abrumadas en un primer momento por nubes de dardos y batidas totalmente, después perecieron alcanzadas por las espadas y picas de sus perseguidores, cuando locas de miedo se vieron obligadas a esparcirse fuera de los caminos."*

Así describía el historiador cristiano Orosio (1) la batalla de Adrianópolis (378 d. C.), en la que los visigodos derrotaron a las legiones romanas, acabando con su hegemonía, y donde murió el emperador Valente, a la sazón Augusto de Oriente. Este suceso, de mayores efectos morales que reales, acentuó el pesimismo que se extendía entre los pensadores cristianos y paganos desde el siglo VIII, viéndose agravado en el 410 con el saqueo de Roma por el rey visigodo Alarico, acontecimiento que produjo una honda conmoción en todo el Imperio.

Flavio Vegecio, acerca de cuya vida apenas se tienen datos, escribió su obra en los últimos años del siglo IV, bajo Valentiniano II, o en las primeras décadas del siglo V, influido sin duda por alguno de los dos acontecimientos citados.

El mundo en el que vivió Vegecio anunciaba el fin de la Antigüedad clásica por medio de transformaciones en la sociedad, que desataron entre los contemporáneos el sentimiento de asistir a un período de crisis y decadencia. En el siglo IV, época, para Jacob Burckhardt, de paso del paganismo al cristianismo, todos los autores eran conscientes de vivir un período de dificultades, destacando con lucidez algunos de los rasgos que los historiadores actuales señalan como propio del período: crisis económica y demográfica, enorme aumento de los gastos del Estado (Administración y Ejército), concentración de la propiedad, fin de las guerras de conquista, presión de los pueblos germanos en el limes del Rhin y Danubio, etc. Estos hombres, como Amiano Marcelino, Simaco o el anónimo autor de: *De rebus bellicus,* todos ellos pensadores paganos del siglo IV, eran conscientes de la necesidad de reformas, achacando, entre otras causas, los males de la época a los cristianos y a la postergación de los dioses tradicionales.

Por su parte, los autores cristianos fueron abandonando progresivamente desde fines del siglo III la escatología a ultranza, en especial tras su "reconocimiento" por parte de Constantino tras 313, acercándose a los autores paganos en la consideración de los problemas de su

(1) *Historias*, libro VII.33.14, Madrid, 1982.

tiempo, lo que no impidió que continuasen con la visión providencialista de la historia, interpretando cada dificultad o catástrofe romana como un castigo divino. Esto llevó a autores como Orosio a sustituir la idea de decadencia por la de venganza divina (2) para explicar las dificultades de la época.

La sensación de declive que experimentaban todos estos autores no era algo nuevo, ya que, desde los últimos siglos de la República y los primeros del Imperio, tanto Cicerón y Salustio como Tácito, Plínio y Horacio aluden a la decadencia de las costumbres, cayendo en un pesimismo que no expresaba, sin embargo, una idea general de crisis. Será el siglo III el período de anarquía militar, en el que se acentuó la desilusión que los efectos de las reformas de Dioclecíano y Constantino apenas consiguieron paliar, desatándose a causa de Adrianópolis la sensación extendida de atravesar un período de dificultades que reclamaba soluciones.

Flavio Vegecio, testigo de su época, centró en su obra *Institutorum rei militaris* toda su atención en el Ejército. Para él, las explicaciones de la decadencia y las soluciones para el futuro pasaban por las legiones; restablecer la disciplina de la infantería romana y su antiguo carácter permitiría a Roma encarar el futuro con seguridad, sin temor a las amenazas externas. Para Vegecio, la crisis que atravesaba Roma no era algo nuevo, sino fruto de la época de paz que provoca el decaimiento de las virtudes militares, igual que ocurrió cuando Aníbal se enfrentó a la República (libro 1.º, cap. 28) (*).

Los Ejércitos imperiales conservaron durante tiempo una aparente fortaleza gracias a las reformas que habían introducido Dioclecíano y Constantino. Las legiones aumentaron en número, aunque sus efectivos reales disminuyeron a causa del escaso número de voluntarios por la dura vida militar y la crisis de natalidad. Constantino, continuando las medidas tomadas por Galieno, creó un Ejército de campaña que aportó movilidad a la defensa de las fronteras, donde Dioclecíano, preocupado por su seguridad, había concentrado la mayor parte de las tropas; fortificó ciudades del interior como complemento del sistema defensivo del limes, y ambos emperadores procuraron separar los poderes militares y civil para reducir el Ejército a su papel, regulando la cuestión sucesoria. De aquí surgió el Ejército del Bajo Imperio, quien, junto con las reformas administrativas llevadas a cabo, lograría mantener la estructura imperial durante un siglo y medio, dando lugar a un desmesurado aumento del gasto público y obteniendo algunas victorias, pero siendo incapaz de evitar la ruina final.

Vegecio, consciente de la progresiva decadencia del Imperio Romano de Occidente y de los antiguos valores de la civilización latina, pensaba que el Ejército tenía una insustituible misión que cumplir. Para él, la legión, la disciplina y la recuperación de la perdida virtud romana eran los remedios de la decadencia. Por ello preconizaban unas reformas que suponían una vuelta al pasado y que se reflejaba en el carácter de compendio que da a su obra. Flavio Vegecio reunió en un tratado todo lo que pudo encontrar escrito en los siglos anteriores acerca del "Arte de la Guerra", con la finalidad de rescatarlo del olvido, lo que supone un síntoma de que la Antigüedad clásica estaba dejando su lugar a una nueva época. En efecto, los autores citados continuamente son Catón el Censor, Cornelio, Cecilio, Frontino y Paterno, así como las ordenanzas militares de Augusto, Trajano y Adriano.

---

(*) Todas las citas entre parentesis se refieren a la obra de Flavio Vegecio correspondiente a la edición de Jaime de Viana, editada en Madrid en 1764

*(2)* Fernández Ubiña, José: *La crisis del siglo III y el fin del mundo antiguo,* Madrid, 1982, pp. 24 y ss. Este autor, a quien seguimos a la hora de mostrar las actitudes de los clásicos ante los sucesos de los siglos IV y V, presenta una acertada síntesis del pensamiento histórico del período, siendo muy adecuada junto con la obra ya clásica de Santo Mazzarino *El fin del mundo antiguo* (México, 1961) para entender la época.

Para Vegecio, el "Arte de la Guerra" se asimila a técnica, a una idea racionalizada y autónoma del conflicto que exige soluciones científicas y, al referirse a los factores del éxito —conocimiento del "Arte de la Guerra", experiencia y prudencia (libro 3.º, cap. 11)—, asocia ciencia y arte (3). Esto le llevó a considerar a esta disciplina como la más importante, ya que su conocimiento no sólo decide el éxito en la batalla, sino también permite defender *la libertad, los Estados* y aumentar *la gloria y el Imperio de una nación* (libro 3.º, cap. 10). Por lo tanto, es necesario que el soberano conozca los principios del "Arte de la Guerra" para establecer las reformas que permitan volver a los gloriosos tiempos del pasado.

La decadencia de las legiones, que desde el siglo III habían perdido efectivos y se habían germanizado, abandonando las tradiciones militares romanas, llevó a Vegecio a un lamento por la pérdida de las técnicas y las virtudes de la infantería latina, siendo, a su juicio, la causa de la crisis que atravesaba el Imperio.

La incorporación progresiva de elementos germanos en las filas del Ejército romano, hasta convertirse en la parte más importante del mismo, junto con las dificultades para obtener voluntarios, que dieron lugar a la necesidad de completar el servicio con el reclutamiento obligatorio, ocasionaron la crisis de las legiones tradicionales: el entrenamiento cayó en desuso, se abandonaron las operaciones en terrenos desfavorables, se perdió la técnica de la fortificación y la utilización de armas defensivas, etc. (4). En suma, apareció un Ejército deficientemente instruido, mal preparado y expuesto a todo tipo de sorpresas, como Adrianópolis puso de manifiesto. Sin embargo, de los sucesos del 378 se sacaron enseñanzas cuyo resultado fue el aumento de la caballería —mayoritariamente germana— dentro del Ejército con objeto de dotarlo de mayor movilidad, lo que supuso el retroceso de la infantería pesada. Bajo Teodosio, la expansión del arma móvil fue acelerada con el alistamiento de gran número de jinetes bárbaros. De esta forma el Ejército romano a fines del siglo IV guardaba poco parecido con el modelo clásico de las legiones y se aproximaba más a las mesnadas medievales (5).

La diversa extracción de los efectivos militares había determinado el decaimiento de la disciplina y la moral de unas Unidades que habían cimentado la gloria de Roma, y cuyo funcionamiento era tan perfecto que había llevado a Vegecio a considerar la intervención divina en su creación (libro 3.º, cap. 21). Por tanto, las *Instituciones Militares* constituye una apasionada llamada al restablecimiento de la estructura y métodos militares del pasado con el fin de recuperar las antiguas glorias y asegurar la continuidad de Roma (libro 2.º, cap. 3).

Todo esto hace que Vegecio sea un autor poco original, preocupado por la compilación de ideas ajenas que recoge en el tratado y cuya nostalgia del brillante pasado latino resulta un canto fúnebre en el momento final de la Antigüedad clásica. Su carácter, al menos formal, de cristiano no le llevó a polemizar con los autores paganos acerca de las causas y remedios de la crisis imperial, ni le impidió valorar el pasado triunfal de la Roma pagana, pero su preocupación exclusiva por los aspectos puramente militares imposibilita conocer mejor su pensamiento.

En su minucioso tratado, más táctico que estratégico, Vegecio concede atención primordial a una serie de factores que permitirían el restablecimiento del Ejército como la disciplina, el adiestramiento, la recuperación de técnicas de fortificación perdidas y la educación física.

---

*(3)* Wanty, Emile: *La Historia de la Humanidad a través de las guerras,* Barcelona 1972, vol. 1.º, p. 35.
*(4)* Homo, León: *El Imperio Romano,* Madrid, 1972 pp. 328 y ss.
*(5)* Wanty, Emile: *Opus cit.,* p. 35.

Entre las medidas a tomar ocupa un lugar destacado la enseñanza y el estudio, ya que *los principios se han descuidado y olvidado* (libro 3.º, cap. 1). Vegecio recomienda la necesidad de que el mando conozca los principios del "Arte de la Guerra", se preocupe por la moral del soldado y le dedique todos sus cuidados al tiempo que, recogiendo una idea socrática, como señala Emile Wanty, preconiza la atención individual a cada uno de los hombres que lo componen. La preocupación que muestra el autor latino por la preparación del mando ha sido tomada de Frontino, quien, en su obra *Stratagemata,* pretendía definir el tipo ideal de general (6).

Toda la obra de Vegecio se ve inspirada por un espíritu defensivo fruto de las circunstancias históricas, lo que contrasta con la continua reivindicación de la legión, elemento ofensivo, flexible y apto para la maniobra. La contradicción la resuelve Vegecio, apoyándose en Aeliano, convirtiendo a esta Unidad en una formación sólida y masiva, apta para el choque con los guerreros de los pueblos germanos.

El tratado de Flavio Vegecio ofrece una minuciosa información acerca de las tácticas y técnicas del Ejército romano, pero apenas alude al "Arte de la Guerra", del que el autor dista de considerarse especialista. El libro, lleno de contradicciones y lejos de aportar alguna innovación, tiene el valor de descubrir todo lo que había sido olvidado de la literatura militar en los últimos dos siglos del Imperio. Este propósito explicaría la utilización exhaustiva de los autores clásicos, lo que sitúa a Vegecio más cerca de un compilador que de un autor original.

El espíritu que inspira las páginas de las *Instituciones Militares* contrasta con el ánimo del autor anónimo que escribió *De rebus bellicis,* hacia el año 370 d.C. Esta obra, como señala Joseph Vogt (7), es una excepción dentro de la literatura científica, ya que propone un conjunto de reformas realistas de la Administración y del Ejército con el objetivo de aumentar el potencial militar del Imperio y mejorar la defensa de las fronteras. Si Vegecio amalgama lo histórico y lo contemporáneo, con la intención de crear una obra ecléctica y recoge del pasado las soluciones para el presente, en *De rebus bellicis* se sugiere reducir los gastos del Estado, así como una serie de innovaciones técnicas capaces de aumentar la efectividad del Ejército, contemplando los problemas desde la perspectiva de la realidad del momento, abandonando posturas historicistas que propugnaban la vuelta al pasado.

La obra de Vegecio suscitó numerosas críticas desde el siglo XVI, en que su tratado fue repetidamente reeditado. Se le acusó de hacer un libro de encargo, transcribiendo sin crítica a los autores precedentes y equivocando en muchos casos sus principios; de ser confuso, ininteligible y perderse en los detalles e incluso de ser "paisano" (8). Sin embargo, el autor romano alcanzó una amplia difusión durante la Edad Media, llegando a ser considerado como la autoridad indiscutible en el campo militar.

De toda la literatura militar desarrollada en la Antigüedad clásica, la obra de Vegecio fue la única comúnmente conocida en Occidente, siendo familiar a los tratadistas de la Edad Media. Philippe Contamine afirma que, en el siglo IX, las *Instituciones Militares* se encontraban en la biblioteca de Everad de Frioul y, en la misma época, Rabano Mauro aconcejaba a Lotario la lectura de Vegecio para resistir mejor a los normandos. En el siglo XIII Vicent de Beauvais lo introdujo en su *Speculum majus,* al igual que Chistine de Pizan en el *Art de la Chevalerie* (9).

---

*(6)* Wanty, Emile: *Opus cit.,* p. 36.
*(7)* Vogt, Joseph: *La decadencia de Roma,* Madrid 1968, pp. 167 y 168.
*(8)* Almirante, José: *Bibliografía militar de España,* Madrid, 1876, pp. 879 y ss.
*(9)* Contamine, Philippe: *La guerra en la Edad Media,* Barcelona, 1984, pp. 266 y ss.

En la Península Ibérica, Diego García de Campos, canciller de Alfonso VIII, el obispo Gil de Zamora y Alfonso X citan ampliamente a Vegecio, quien aparece en la literatura catalana en una referencia del *Tractat de Cavalleria* atribuido a Pedro IV de Aragón (10).

El libro fue rápidamente traducido del latín a las diferentes lenguas vulgares; las versiones más primitivas fueron las de Jean de Meung y Bono Giamboni, al francés e italiano, respectivamente. En Castilla, la versión más antigua es un manuscrito del siglo XIV que se encuentra en la biblioteca del Escorial, existiendo en el siglo XV una traducción de Fray Alonso de San Cristóbal, realizada por encargo del príncipe don Enrique, que se conoce con el nombre de *Libro de Caballería* (11).

La obra de Vegecio estuvo en todas las bibliotecas de los príncipes medievales, alcanzando una enorme difusión debido a ser el único autor clásico de cultura cristiana que se ocupaba de técnicas militares y al presentar una serie de principios que coinciden con el pensamiento y las características de la sociedad feudal. Su idea de evitar el choque (libro 3.º, caps. 9 y 26) y su preferencia por los Ejércitos de pequeño tamaño (libro 3.º cap. 1), se ajustaban a las dimensiones y medios de las mesnadas medievales; sin embargo, su apología de la disciplina y el adiestramiento chocaba con el espíritu caballeresco de la aristocracia, quien contemplaba la guerra desde el punto de vista del valor y la iniciativa personal.

La aparición de la imprenta contribuyó decisivamente a la difusión de la obra de Vegecio, editándose por vez primera, en latín, en 1473, conociendo desde entonces numerosas ediciones. Este proceso coincide con el cambio que expirementa la concepción del fenómeno bélico desde mediados del siglo XV, caracterizado —como señala José Antonio Maravall (12)— por la afirmación del carácter autónomo de la guerra y la tendencia a eliminar el factor físico y moral del elemento humano para destacar el intelectual. Desde mediados del siglo XV, como consecuencia de la aparición de un humanismo militar, se produjo una vuelta a los pensadores antiguos. Vegecio con su obra transmitió el pensamiento militar latino, sirviendo de enlace entre el Renacimiento y la Antigüedad clásica, lo que permitió la superación de una táctica decadente por otra que surgía al compás de la aparición de nuevas técnicas y de una forma política, el Estado moderno, que impuso un nuevo modelo de Ejército en el que la infantería volvió a desempeñar el papel de protagonista.

Según Antonio Campilla, "hay una clara continuidad entre los tratadistas latinos que se ocupan del arte militar (Vitrubio, Vegecio, Frontino) y los autores del siglo XV que tratan del mismo tema" (13). Esta situación continuó hasta que, en 1521, Maquiavelo, con su obra *Arte de la Guerra*, sustituyó a Vegecio como máxima autoridad en el campo de la teoría bélica.

No obstante, la obra del latino continuará siendo editada en numerosas ocasiones en los siglos XVI, XVII y XVIII, siendo la versión de Jaime de Viana, publicada en Madrid en 1764, la más popular en nuestro país y, según José Almirante, una de las más notables traducciones del texto original latino al castellano.

---

*(10)* Maravall, José Antonio: *Ejército y Estado en el Renacimiento, Revista de Estudios Políticos*, núm. 117-118, p. 15.

*(11)* Almirante, José: *Opus cit.*, pp. 879 y ss.

*(12)* Maravall, José Antonio: *Opus cit.*, p. 15.

*(13)* Campillo, Antonio: *La fuerza de la razón. Guerra, Estado y Ciencia en los tratados militares del Renacimiento, de Maquiavelo a Galileo*, Murcia, 1986, p. 192.